

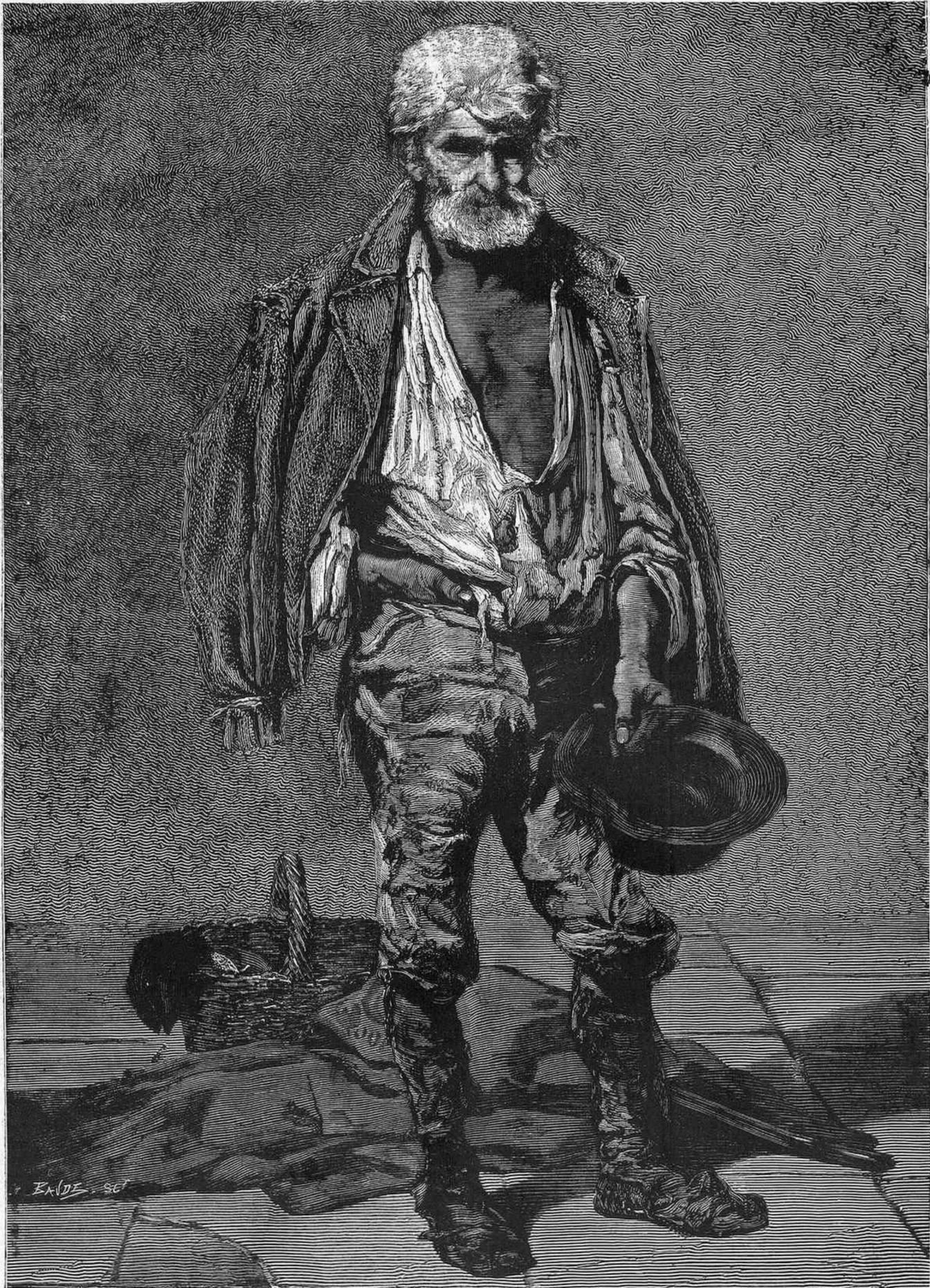


AÑO III

←BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1884→

NÚM. 111

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN MENDIGO, cuadro por R. Tusquets

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL HOMBRE VERDE, por don F. Moreno Godino.—EL SUEÑO DE LAS PLANTAS, por don J. Rodríguez Mourelo.—RELOJES DUALES PARA EL TIEMPO LOCAL Y EL COSMOPOLITA, por don E. Benot.

GRABADOS.—UN MENDIGO, cuadro por R. Tusquets.—VISITA A LOS ABUELOS, cuadro por J. Vinea.—PIERROTINE, cuadro por E. Serra.—INDECISION, cuadro por W. Schutze.—LOS ÚNICOS AMIGOS, cuadro por A. Spiess.—LAS ROCAS DEL PATERNOSTER, CERCA DE GUERNESEY, dibujo por Pleich.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL PALACIO DE LA EXPOSICION EN NIZA.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El más pobre de los doce.—El Ateneo y su nuevo local.—Ideas de ayer e ideas de hoy.—La razón. ¿Dónde está cuando se dice que se ha perdido?—Bailes por asalto.—Lectura poética en casa de Marte.—Academismo.—Un duque académico.—Candidatura académica.—La Pesca.

Poco esperaban del mes de Febrero los que distribuyeron entre los doce del año el caudal de los días, en el primer calendario del mundo, cuando le dejaron tan pobre y sin fortuna, con sus veintiocho auroras y sus veintinueve crepúsculos. Sin duda alguna que para explicar esta desigualdad irritante é injusta hubo altas razones que no pudieron convencer á Febrero. Verdad es que quien dijo altas razones dijo altos crímenes, iniquidades que se suben á los cielos para librarse de la furia de los hombres.

Quien distribuye vientos y tempestades regaló á Febrero la caja de los truenos y hacedillos de rayos. La Diosa de los jardines y bosques le negó sus flores y sus aromas; ¡y cómo no había de ser tan dura con Febrero, siendo ella mujer y hermosa y él pobre! La historia se mostró también avara con Febrero y no le otorgó sus gloriosas efemérides. Viéndose pues tan mísero y sin fortuna, Febrero comprendió que nada podía esperar de los hombres y enderezó su súplica á Dios, el cual, como ya tuviese distribuidas las principales festividades de su Iglesia, vino á decirle: «O has de pasarte sin ninguna, ó has de darte por contento con la que te puedo entregar, que es la bacanal cristiana, un aquelarre de pasiones y vicios, un día de locura tan grande, que, desde él se cubren en mi casa las mesas con paños de luto y con crespones las imágenes de mis elegidos.»

Y Dios entregó á Febrero la fiesta del carnaval, encerrada en una cajilla de música.

Entre alegre y contento partió Febrero á tomar posesión de sus dominios, y de cuando en cuando, escuchaba la caja de música, donde el cilindro erizado de vibrantes puas metálicas, entonaba canciones de voluptuosidad y pereza, que se deslizaban por el oído como embriagador brebaje por los labios del sediento, y allá dentro en el alma, encendían ideas pecaminosas contra las cuales en vano luchaba Febrero.

Hé aquí cómo va por el mundo el mes pobre y alegre, el segundón de la casa del tiempo, llena de desengaños el alma y de canciones la garganta.

* *

En la calle del Prado ha abierto sus puertas el nuevo edificio del Ateneo. En vano los halagos de las artes, congregadas para dar honrada y lujosa residencia á la primera tribuna científica de España, desplegaran sus recursos: los antiguos moradores del viejo caseron de la calle de la Montera, los decrepitos fundadores del Ateneo, que aún recuerdan la cara de Alcalá Galiano y se ríen con los chistes de Nicasio Gallego, esa tertulia que se reunía todas las noches en el salón llamado de *los retratos* y que, durante mucho tiempo, ha constituido una de las más poderosas pilas eléctricas de la opinión pública, ese coro de senadores, ese conclave decalvado no puede mirar con simpatía al nuevo edificio... porque los ancianos miran con prevención toda novedad, temiendo descubrir entre sus asombros y sorpresas, la silueta rectangular del féetro.

¡Sí, jóvenes ateneístas, en la alegría de vuestro nuevo palacio, en vuestro deseo de estrenar su tribuna, no olvidéis que á vuestro lado está la generación que os ha antecedido y que no puede seguir sin detenerse un momento al salir del viejo Ateneo y derramar á hurtadillas una lágrima que pronto va á perderse entre canas y arrugas!

Todo edificio que se hunde, entiera con él algo vivo; en todo piquetazo que da el albañil destructor, hay estremecimientos dolorosos, como los que suscita la cruenta labor del escalpelo. Mucho más sucede esto cuando el edificio que se viene abajo ha sido palenque intelectual del que han salido tres generaciones de ingenios, tres estirpes de filósofos, tres pléyades de oradores. Allí hizo sus armas el reducido clasicismo, allí el romanticismo se coronó de fúnebres helechos, mientras vibraba en sus labios el latido de su calenturienta desesperación. Allí germinó la moderna filosofía y en sus aulas empiezan á brillar nuevos nombres y á gobernar el mundo de las ideas nuevos espíritus. El viejo ateneísta, al salir de aquella casa, deja en ella la toga juvenil y la trueca por el sudario, sudario que en fríos pliegues cae sobre su espíritu helándolo.... De sus ideas, de sus amores, de sus glorias, de su fe... ¿qué es lo que queda?... Lo mismo que quedará muy

pronto del Ateneo.... Polvo funeral y melancólica memoria.

La historia de la construcción del nuevo Ateneo tiene interés y merece ser conocida. ¿Cómo una sociedad relativamente pobre ha conseguido edificar el palacio en que hoy se hospeda? Hasta ahora el ingenio literario había sido compañero de la pobreza y jamás se le vió de buen acuerdo con el crédito. Así como el hambriento de que habla Quevedo hacia enflaquecer á los jamones con sólo mirarlos, el ingenio literario y artístico con sólo mirar á los billetes de banco les dejaba convertidos en unos papeluchos exentos de valor; pero esta vez el Ateneo encontró banqueros que le adelantasen un millón de reales, arquitectos que de balde diseñasen sus planos y dirigiesen sus obras, pintores que le regalasen cuadros y le adornasen con frescos las techumbres. El Ateneo ha salido de la nada, esto es, de un montón de papeles de crédito que el ingenio se comprometió á pagar en breve plazo. Lo cual demuestra que no siempre está el dinero en malas manos y que si á veces cae en las de Shylok, otras muchas brilla en las de Mecenas.

Este nombre me recuerda la poderosa y culta sociedad romana que hacia á Virgilio el presente de una quinta y á Horacio el de un prado plantado de nogales. ¡Qué bien soñaba el poeta á la sombra de sus propios árboles y en la régia soledad de su propio palacio! Pero anduvieron los tiempos, que más valía que se hubieran estado quietos para lo que nos iban á traer, y trajeron eras bárbaras en que Cervantes se acostaba sin cenar y en que Quevedo era respetado, no por el inmenso genio que Dios puso en su alma, sino por una cruz roja que el capricho de un rey pintó en su pecho. Y cambiaron las cosas, pero no el sino de los hombres de ingenio de quienes, según la frase de Víctor Hugo, está enamorada una arpa, el hambre. Para estos escritores que necesitaban leer y no tenían libros, que deseaban un lujoso gabinete en que trabajar y sólo disponían de una buhardilla fué un paraíso el Ateneo que alguien ha llamado la casa de huéspedes de Minerva.

Los pinceles de Gomar, Laberon, Jover, Balaca, Puebla, Ferriz, Monleon, Lhardy, Beruete, Mérida, han decorado con algunas de sus inspiraciones el nuevo Ateneo.

La luz abriantaba los muros del salón de sesiones, el público llenaba sus quinientas butacas, las damas sus elegantes tribunas, el rey y la corte su estrado.... Empezó la solemnidad y el Sr. Cánovas del Castillo leyó uno de esos trabajos críticos é históricos en que sobresale.

El Ateneo quedó inaugurado y ya comienzan sus tres secciones sus habituales tareas. A la nueva generación le queda por cumplir un difícil deber: hacer tan ilustre el palacio como lo fué el modesto hospedaje en que hasta ayer estuvo el Ateneo.

* *

Una triste noticia: Campo Arana, el ingenioso autor dramático y articulista, ha tenido que ser separado de su familia para que la ciencia alienista se hiciera cargo de sus perturbadas facultades.

Mucho más horrible que la muerte es esta del espíritu, especialmente cuando es un hombre de talento el que la sufre. Su cuerpo queda en pie, por sus venas circula la sangre, pero ¡qué triste es este remedo de la vida, qué irrisoria esta apariencia de la salud, qué ferozmente sarcástica esta comedia que representa la materia cuando está ausente el espíritu!

Un loco es un vivo muerto, algo así como un cadáver insepulto al cual no le queda de la vida sino lo puramente animal de ella, un estómago que funciona como una retorta, un corazón que se mueve como un reloj.

* *

El Madrid que se ha dado en llamar elegante, el de los polvos de arroz, el que adorna los cabellos de las mujeres con rocío de brillantes, y sus corazones con los requiebros de patron de los revisteros de bailes; ese Madrid que tiene coche, palco en el Real y una multitud de necias vanidades en el alma, sufre una enfermedad terrible. La tarántula le ha mordido y ha infiltrado en su sangre el veneno del cotillon. Y habeis de ver en esos dorados salones cómo valsan ministros y duquesas, beldades en capullo y diplomáticos en *herbe*. Vénus con corona y Joves coronados.... En vano la seriedad humana protesta contra el baile; mientras el hombre pase una parte de sus años en la juventud el baile tendrá una razón de ser: la sinrazón de esos primeros años. Pero al traer aquí esta materia no lo hago ni para satirizar esa monomanía danzante ni para cubrir á las ilustres bailarinas de flores, sino para advertir que por lo que de las revistas de salones se desprende, cada vez adquiere más autoridad el sistema llamado de la *sauterie*. Varios jóvenes de ambos sexos deciden bailar y eligen el aristocrático salón en que han de hacerlo; sin prevenir al amo de la casa, saltan esta, llevan quien toque el piano, ó un par de violines debajo del gaban de pieles y el baile empieza. El amo de la casa no puede resistirse, tiene que admitir la invasión con la sonrisa en los labios. ¿Que está de mal humor? Pues como si estuviese contento. ¿Que le duelen las muelas? Pues no importa....

Antiguamente la buena educación consistía en no molestar al prójimo: ahora consiste, por lo visto, en sacrificarle.

Las gentes elegantes á fuerza de sustituir el viejo sistema ceremonioso por el nuevo sistema de la franqueza han encontrado su ideal en un frac de faldetas cortas, en un vestido de baile de descote bajo, en un cigarrillo ruso fumado por una dama, en un *clac* que al abrirse hace el ruido de

un petardo.... Echemos una borlada de polvos de arroz sobre esta inmensidad de tonterías.

* *

Por lo que á la literatura se refiere, hay que dar cuenta de la lectura del poema de Velarde el *Capitan García* efectuada en el Centro militar.

La Academia española anuncia para el día 10 la recepción de su nuevo miembro el duque de Villahermosa en quien brilla la prosapia más que el ingenio. La Academia sigue sus tradiciones: la fundó la aristocracia para entretener á los segundones que hacían acrósticos. Un duque más en la Academia no alterará la riqueza del diccionario. Los duques son respetables con tal de que respeten el idioma, y es sabido que el mejor medio de que un hombre no vuelva á escribir consiste en nombrarle académico.

Para la plaza vacante en esa sacristía del idioma hay dos candidatos, Martos y el P. Mir. Los amigos oficiosos han hecho un mal servicio al P. Mir: compararle con Martos; pero suponemos que el P. Mir triunfará porque no pueden reunirse en el mismo libro de actas las dos en que se da cuenta de la entrada de un duque de tantos y del primer orador español.

Campoamor ha entrado en el Consejo de Estado y Nuñez de Arce va á publicar su poema *La pesca*.

Como se ve los dos líricos se han dedicado á pescar.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

UN MENDIGO, cuadro por R. Tusquets

Con decir que este lienzo figura en el Museo Nacional de Madrid, que es el primero del mundo, queda hecho el mayor elogio de la obra y de su autor.

Nuestro laureado paisano dibuja con perfección y pinta con seguridad digna de un maestro. Examinémosle nuestro *mendigo* y aun cuando no se puedan apreciar las bellezas de color que avaloran el original, se echa de ver á simple vista el detenido estudio de toda la figura y la ninguna vacilación con que está ejecutada. Su realismo es el realismo de Ribera, poco simpático cuando el asunto lo es poco de sí; pero no es el realismo de Courbet que se goza en destruir lo bello allí donde la belleza puede existir y, más ó menos cierta, estamos acosumbrados á verla.

Tusquets tiene valor positivo en el mundo artístico. Este nombre lo debe no tan sólo á sus profesores, sino al público que es un gran juez en bellas artes, como que estas se hallan principalmente destinadas á excitar un sentimiento dado por medio de la forma, y ese sentimiento no es patrimonio exclusivo de iniciado alguno. Actualmente en la exposición París, ese público, sin previo acuerdo, se detiene ante un cuadro que lleva por título: *Una lección de canto llano*. ¿Porqué esa opinión unánime del público? Por la fascinación que sobre él ejerce el verdadero artista; por esa fascinación que le detiene, asimismo, ante la *Salida del baile* de Roman Ribera, ante el *Cementerio* de Villegas, ante las *Regatas* de Galofre, ante el *Ladron* de Fabrés, y ante otros lienzos y acuarelas que honran al arte y á la patria.

VISITA Á LOS ABUELOS, cuadro por J. Vinea

El asunto de este cuadro es altamente simpático y se halla realizado por una ejecución digna de aplauso. Todos los personajes se hallan en situación, desde el anciano clavado por la edad en su poltrona, hasta el niño que, tan alegre como cortés, corre á dar un ósculo respetuoso á su querida abuela.

El conjunto impresiona favorablemente y en sus detalles demuestra el autor tanto conocimiento de época como profunda observación de estas agradables escenas de familia.

PIERROTINE, cuadro por F. Serra

Nuestro insigne paisano ha *femenizado* (pásenme Vds. el verbo) el tipo del payaso del teatro popular francés. Todos saben que Pierrot es un ejemplar del muchacho travieso, burlon, dado á las aventuras, con cara de imbécil y hechos de astuto, pendenciero, enamorado, parecido al *arlequino* de Italia y, como éste, síntesis del pueblo en cuya mente se engendró, por obra de un autor anónimo, el personaje en cuestión.

¿Quién hizo el descubrimiento de la criatura? ¿Quién la llevó al teatro? ¿Quién la inmiscuyó en todas las pantomimas grotescas? ¿Quién concibió su extraño traje, su holgada camisa con enormes botones, su inmensa golilla, su faz embadurnada y su casquete de solideo?... Hé aquí la cuestión, como diría el gran poeta inglés. Los engendros populares carecen de partida de bautismo. Tienen algo de los refranes, que con ser de todos conocidos, nacen generalmente de padres ignorados.

Nosotros no podemos hacer el árbol genealógico de Pierrot, pero sí añadir un dato que comprueba la antigüedad de la mala reputación en que le tiene su patria. Allá, por aquellos tiempos en que la poesía y la pintura se hallaban en estado embrionario, los muchachos franceses tenían la costumbre de dibujar en la falsa portada de sus manuales de estudio un Pierrot ahorcado por el delito de robo de libros. Era algo parecido y generalizado como nuestro habitual

Si este libro se perdiese,
Como puede suceder... etc.

Pierrot, pues, empezó por ser ladrón de libros y ha ter-

minado por ser el bobo de las trashumantes compañías de titiriteros.

Los pintores, que todo lo idealizan, se han dedicado últimamente a dar forma y color agradables a ciertas especialidades de varios órdenes. Así, por ejemplo, han inventado el traje de Luna y embellecido a las mismas brujas de Macbeth.

Serra no ha querido rezagarse y ha hecho una *Pierrotine* que está diciendo ¡comedme!

Señores gastrónomos: ¡mucho ojo!... Esta clase de manjares producen casi siempre gravísimas indigestiones.

INDECISION cuadro por W. Schutze.

¿Dirá que sí?... ¿Dirá que no?... Ello es que la muchacha ha de tomar su partido... No siempre un mozo honrado, apuesto y trabajador, se dirige con buen fin a una muchacha que lleva en la linda cara todo su patrimonio. Mas por otra parte, la han dicho tantas cosas de los hombres... Cosas casi tan malas como las dicen a los hombres de las mujeres... Que son muy inconstantes, que después del matrimonio sacan las uñas, que todas las muchachas les parecen mejor que la propia, que la taberna está muy próxima al hogar doméstico, que las malas compañías, que las pícaras tentaciones...

Todo esto se le ocurre a la joven de nuestro cuadro en el momento más crítico de su vida; precisamente cuando de una palabra suya depende todo su porvenir.

Pero ¡Señor!... Si al fin y a la postre el destino de la mujer, y sobre todo de la mujer del campo, es casarse, ¿porqué meterla en la cabeza una porción de tonterías y sembrar desconfianzas cuando el amor se alimenta principalmente de ilusiones?

Esos afectos encontrados, esa lucha entre el temor y el deseo, esta indecisión propiamente dicha, están perfectamente reproducidos en el cuadro de Schutze.

LOS ÚNICOS AMIGOS, cuadro por A. Spiess

El asunto de este cuadro se nos figura el cuento de la Cenicienta sin hada bienhechora y sin príncipe. Sola en el mundo, recogida por caridad en una granja, está destinada a vegetar como una cosa cualquiera, sin inspirar afectos y rogando a Dios que no se los haga sentir. Sus amos, que la explotan cuanto pueden, la humillan con el sempiterno recuerdo de su limosna; sus convecinos la contemplan con la mayor indiferencia y hablan de su desarrollo como del de un árbol que empieza a dar frutos a su propietario; los mozos del lugar ni siquiera se han apercibido de que ya ha cumplido quince años. Su presencia únicamente es acogida con entusiasmo en el gallinero: las aves de corral son más agradecidas que ciertos individuos de la especie humana. Y, sin embargo, más tarde o más pronto esos amigos únicos están condenados a morir a sus manos; la pobre *mosa* se verá obligada a degollarlos sin piedad; ella que los vio nacer, ella que los crió con tanto cariño, ella que frecuentemente les dirigía la palabra como si fueran capaces de comprenderla!...

¡Pobre Cenicienta de la granja!... Pasó, por desgracia, el tiempo de las hadas... Si se encontrara una chinela de cristal, puedes estar segura de que no te llamarían a palacio para acomodarla a tu pie.

LAS ROCAS DEL PATERNOSTER, cerca de Guernesey, dibujo por Pleilch

Las accidentadas costas de las islas del Canal de la Mancha, llamadas también Anglo-normandas, han merecido que uno de los más insignes escritores contemporáneos, Víctor Hugo, dedicara a su descripción algunas admirables páginas de su novela *Los Trabajadores del mar*. Pálido sería cuanto pretendiéramos añadir a lo ya dicho por el esclarecido poeta: aquellos de nuestros lectores que deseen conocer lo que son dichas islas, no harán mal en recorrer los capítulos de la novela citada, en la seguridad de que nos agradecerán el consejo. Por nuestra parte, pues, nos limitamos a reproducir por medio del grabado uno de los más salvajes puntos de vista que ofrecen aquellas costas, el llamado *Rocas del Paternoster*, famosas entre los marinos que suelen surcar las aguas del pequeño archipiélago por las dificultades que oponen a la navegación, habiendo sido allí tan frecuentes y tan rápidos los naufragios que según voz popular deben su nombre a que el naufrago sólo tiene tiempo de rezar un Padre nuestro antes de ser devorado por las arremolinadas olas. Hoy no son ya tan frecuentes estos siniestros merced al conocimiento perfecto que de dichos parajes se tiene y al sistema de faros establecido por el gobierno de la Gran Bretaña.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO (1)

EL PALACIO DE LA EXPOSICION EN NIZA

En la ladera de una colina alfombrada de olivos y coronada de pinos marítimos con sus copas de color verde oscuro, se eleva el palacio de la Exposición de Niza, para cuyo emplazamiento ha sido menester practicar un dilatado corte entre espesos naranjales cuyos dorados frutos esmaltan la verdura circundante de mil puntos luminosos. Este palacio es muy parecido al del Trocadero; pero tan gracioso, tan ligero con sus dos torrecillas, tan armonioso

(1) Deseando dotar a esta publicación de cuantos elementos variados y amenos reclama su importancia, hemos resuelto acompañar a algunos números de la *Ilustración artística* escogidos *Suplementos* que representen asuntos de actualidad o de bellas artes, inaugurando hoy los que nos proponemos publicar de vez en cuando con la magnífica lámina a que alude la descripción que sigue.

(N. de los E.)

con sus policromos colores, tan hábilmente comprendido, que desde luego cautiva la vista. Si a esto se añade que desde su entrada se contempla el panorama más risueño, más extenso y deslumbrador que darse pueda, formado por el Mediterráneo a la derecha y la ciudad de Niza diseminada a la orilla de las azuladas ondas; enfrente varias colinas llenas de quintas, setos y verjeles; a la izquierda las últimas estribaciones de los Alpes con sus placas de nieve y sus profundos valles; delante el verdor de todas las vegetaciones mediterráneas, y sobre todo esto el firmamento azul, la luz, el sol ardiente, fuerza será convenir en que si durante este siglo se han celebrado muchas Exposiciones, ninguna presenta un carácter tan especial como la de Niza ni es fácil que compita otra alguna con ella.

En cuanto a sus demás condiciones exteriores, fácilmente podrán apreciarse examinando nuestro grabado, reproducción exacta del original.

EL HOMBRE VERDE

POR DON F. MORENO GODINO

I

Currito era un joven de diez y siete años, muy guapo, muy bueno, muy trabajador, y que quería a su madre la señora Casilda, como a las niñas de sus ojos. Vivían ambos en una casita de su propiedad, situada a dos tiros de bala de la ciudad de Albacete.

El padre de Currito había sido cincelador de la fábrica de navajas, cuchillos y puñales de dicha ciudad y a él se debían muchas de esas primorosas hojas en las que se lee la inscripción de *Petrus me fecit*.

Desde que su hijo pudo manejar un cincel hízole bajar a su lado, trasmitiéndole una parte de su habilidad, y cuando murió le dejó asegurada una plaza en la fábrica, de modo que Currito pudo sostener a su anciana madre.

Se miraba esta en su hijo y era de ver lo limpio y bien cuidado que le tenía.

El muchacho se pasaba todo el día trabajando en Albacete y cuando al anochecer regresaba a su casita, estaba seguro de encontrar una cena muy sabrosa y una cama muy blanda.

Aunque viuda ella, y él huérfano de padre, pasado el natural sentimiento por la pérdida que habían sufrido, vivían ambos tranquilos y satisfechos. El dueño de la fábrica estimaba mucho al joven operario por su inteligencia y laboriosidad y todos le querían por su buen carácter y simpática figura.

Currito se levantaba cantando (buena señal) y se acostaba contento como todo el que ha cumplido con sus deberes. Sin embargo, algunas veces se quedaba pensativo y como ensimismado. Era andaluz, había nacido en Sevilla, en donde pasó sus primeros años, hasta que su padre obtuvo la plaza de cincelador en la fábrica de Albacete; y tenía la imaginación viva e impetuosa. Gustábanle la majeza, los caballos con vistosos aparejos, los botines respunteados por lo fino y todas esas cosas que constituyen la idiosincrasia de la tierra de María Santísima.

Además, había llegado a la edad crítica en que el corazón se despierta y la imaginación se crea visiones amorosas. A veces pensaba en la hija del dueño de la fábrica, que tenía *ojos de matadora* y que entonces una *soledá* que ni de perlas; pero no se atrevía a formular sus aspiraciones. Ella era rica y él sólo ganaba un jornal apenas suficiente para atender a sus obligaciones. Dejaba, pues, correr el tiempo, esperando con esa confianza de la juventud, que cree tan natural la felicidad, tan factibles sus castillos en el aire, que supone imposible que no se realicen el día menos pensado.

II

Al anochecer de un día de fiesta del mes de mayo, mientras su madre preparaba la cena, Currito salió a dar un paseo y a tomar el fresco, porque hacía calor. El cielo estaba clarísimo y la luna llena brillaba espléndidamente. El joven, cantando unas peteneras y pensando al mismo tiempo en los medios de hacer fortuna para satisfacer sus vagas aspiraciones amorosas, se fué acercando a una fuente que había a dos tiros de bala de su casa, y antes de llegar, a la luz de la luna, vió un hombre de aspecto sombrío que estaba sentado en el pilón, que era muy ancho, y a su lado un perro, sentado también, que tenía ¿lo crearán ustedes? una pipa en la boca, de la cual lanzaba grandes bocanadas de humo.

El hombre llevaba en la cabeza un sombrero verde de anchas alas, vestía un tabardo verde que le llegaba hasta los pies y tenía en la mano un palo largo, semejante a una chibata, de cuyo extremo superior pendía un talego abultado como conteniendo dinero u otras cosas.

El perro era negro, ratonero, pero más grande que suelen serlo los de esta casta; llevaba abierta la raya en la cabeza, como un gomoso, y atusado el bigote a la borgoñona.

Currito, que era valiente y tenía la conciencia limpia, aunque algo sorprendido, no se intimidó y siguió avanzando hacia la fuente.

—¿Quién es ese que viene?—dijo el hombre verde.

—Es Currito, el hijo de la señora Casilda—contestó el perro, quitándose la pipa de la boca con su pata derecha y soplando para ahuyentar la ceniza.

—¡Ah! ¿Currito, el joven más juicioso de la comarca? ¡Por los cuernos del diablo! me gustaría hacerle algun favor.

Y luego, dirigiéndose al joven, que ya se había aproximado, repuso:

—Hola, Currito, ¿cómo va de salud? Apostaría cuatro mil duros, es decir, la sexta parte de lo que hay aquí—y golpeaba el talego que llevaba pendiente del palo—a que esta noche va a sucederte algo bueno!

—Y Dios quiera que nunca le suceda a V. nada peor—añadió el perro moviendo la cola y alargando la pata para dar un apretón de mano a Currito.

Este le miraba con asombro; ¡un perro que hablaba! El joven supuso que el hombre verde era ventrilocuo, y que, como un gitano que él había visto en Sevilla, fingía hacer salir la voz de donde quería.

—Señores, hace calor,—dijo Currito, no sabiendo qué decir.

—Y con esto al lado, mucho más,—observó el hombre meneando el talego que despidió un ruido metálico.—La guita hace sudar.

Y luego repuso:

—Unos comen con cubierto de plata y otros con cubierto de palo. Si quieres ser de los primeros, siéntate aquí y echemos una brisca;—y al decir estas palabras sacó una baraja del bolsillo.

—Caballero,—dijo Currito,—con todo el respeto debido a usted y a este individuo que tiene cola y cuatro patas, debo advertir, que si bien ustedes me conocen, yo nunca he tenido el honor de ver ni al uno ni al otro.

—¡Y eso qué importa!—exclamó el perro quitándose otra vez la pipa de la boca.—Nosotros le queremos bien a V. y procuraremos hacerle rico.

Currito comenzó a admitir la posibilidad de que se había encontrado con uno de esos brujos, espíritus, súcubos o incubos, que, al decir de la gente, en algunas ocasiones se entretienen en proteger a las personas honradas.

—Currito,—dijo el hombre verde,—bajo palabra de honor te aseguro que harás bien en coger la pelota al bote, si no quieres trabajar toda la vida y al fin y al cabo morir en la miseria.

—Y dice bien—observó el perro;—no hubiera hablado mejor mi maestro de primeras letras:

Si pierdes la ocasión
Tú serás un melón.

—Pero bueno, ¿qué hay que hacer para adquirir esa fortuna de que me hablan?—preguntó el joven.

—Poca cosa, sentarse y echar una partida conmigo.

—¿Y qué vamos a jugar? porque mi bolsillo está limpio.

—No todo lo que vale es dinero, muchacho,—dijo el hombre verde.—Te hago un trato. Yo he tenido trescientos treinta y tres criados y todos me han salido sisones, holgazanes y dormilones; necesito un buen sirviente, y como conozco tu honradez y actividad, te propongo que juguemos, tú tus servicios y yo mi dinero.

—Explíquese V.

—Si ganas (que es lo probable), te llevas este talego que contiene veinticuatro mil duros en monedas de oro con el sello de la restauración...

—¿Veinticuatro mil duros?

—Sin faltar ni un céntimo.

—¿Y si pierdo?

—Te obligas a servirme durante un año y un día. Te repito que lo más natural es que ganes, porque yo soy muy torpe en la brisca.

III

Currito se quedó pensativo.

La proposición era tentadora; ganando, realizaba todas sus aspiraciones, podía casarse, procurar a su madre una vejez llena de comodidades...

Mientras el joven reflexionaba, el perro, poniendo una de sus patas delanteras a lo largo de su nariz, le hacía significativos guiños.

—Además,—se dijo Currito a sí mismo,—quizás este buen hombre, que me conoce, querrá protegerme de un modo delicado, y tirará a dejarse ganar... y por último, lo más que me puede suceder es perder. ¿No trabajo ahora en una fábrica? pues lo mismo o menos trabajaré en el servicio doméstico.

—Pues no tardas poco en decidirte—observó el hombre verde;—si todos los jugadores lo pensasen tanto, buen año echarían los casinos y las tabernas. Vaya, dí, sí o no.

—Acepto.

—En buen hora.

—¿Es V. formal en sus tratos?

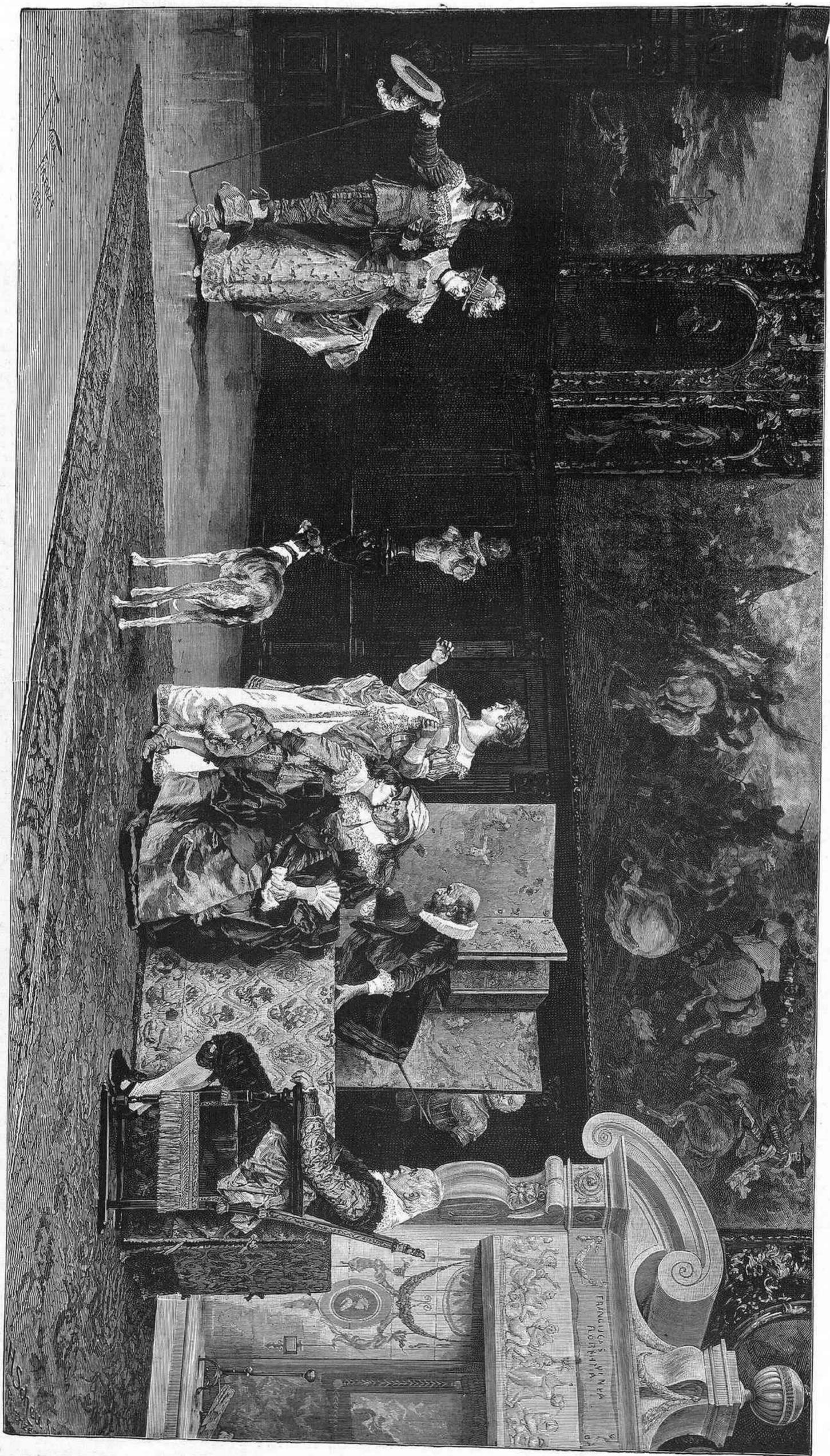
—Mira, muchacho, yo soy un bellacon de primera clase, pero estoy sometido al influjo de un encanto que me obliga a tener palabra, a cumplir mis compromisos, bajo pena de la vida.

—No tengas cuidado—dijo el perro guardando la pipa en el bolsillo de la americana encarnada que llevaba puesta sobre el lomo;—te garantizo de que cumplirá las condiciones y de que no hará trampas. Yo estoy aquí.

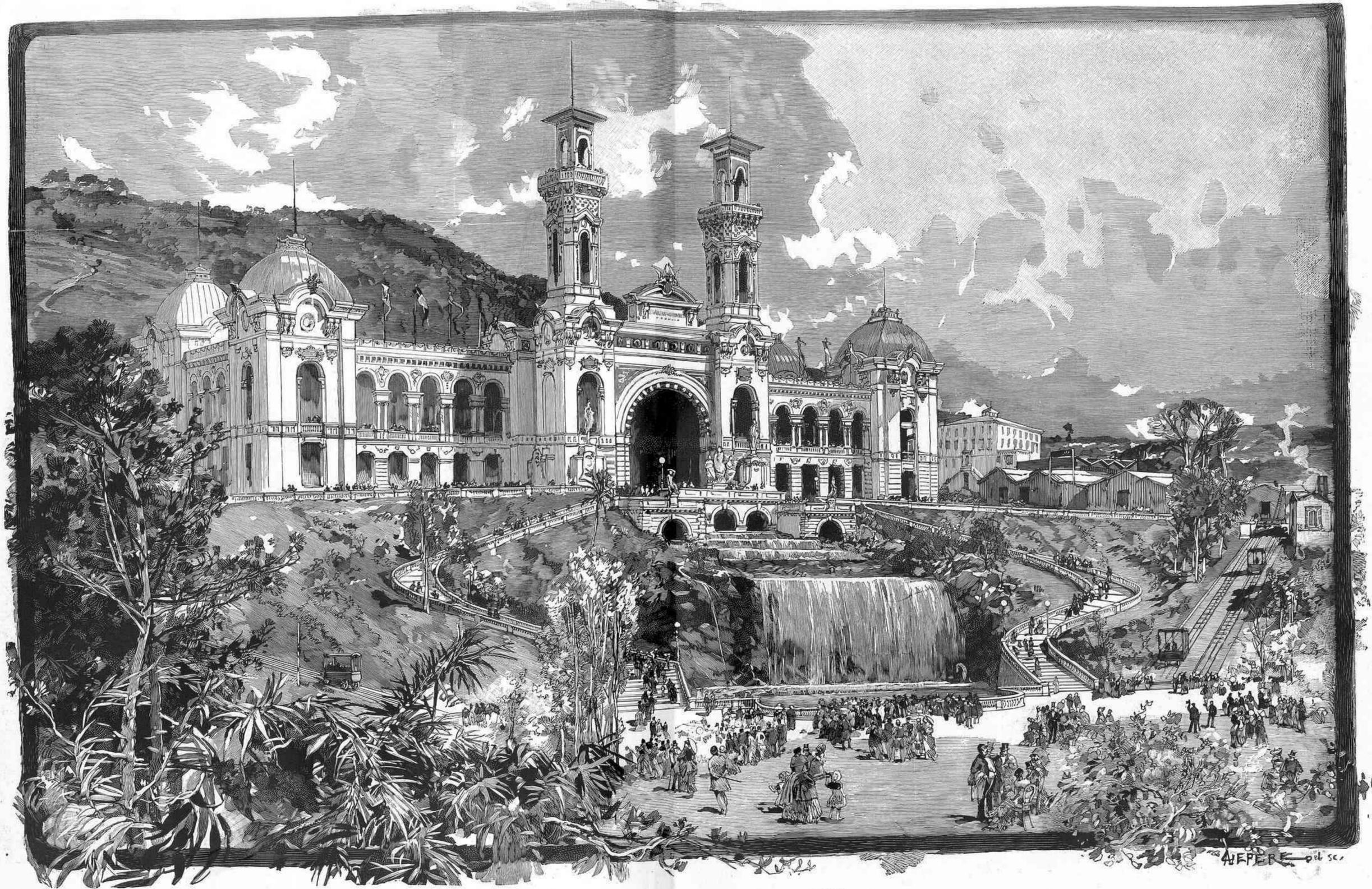
—Pues al avío,—exclamó Currito;—a ver quién da.

Comenzó el juego. Francamente, ¿Vds. creen que el buen muchacho podía ganar en aquella encerrona al aire libre? El perro, desde las primeras bazas repitió sus guiños, como diciendo a aquel «mira y ganarás» y luego, volviéndose hacia un lado, le enseñó un espejo que llevaba en un costado, en donde parecía que se reflejaban las cartas del hombre verde. Currito, mirando al espejo, desatendía al juego y no llevaba cuenta de las briscas y triunfos salidos.

Sin embargo, los jugadores se pusieron a dos partidas



VISITA A LOS ABUELOS, cuadro por J. Vinca



EL PALACIO DE LA EXPOSICION EN NIZA



PIERROTINE, cuadro por E. Serra

cada uno. Acabada la quinta, que era la decisiva, el joven, despues de haber contado, dijo:

—He perdido por dos tantos.

—Por no haber encarado el caballo de espaldas,—observó el perro.

—Tú tienes la culpa, mastin,—exclamó Currito,—tú y tu maldito espejo.

—¿Cómo es eso, me tuteas, belitre?—dijo el animal alzando una pata como jurándose las.

—Eres peor que un gallego que pierde media copa,—gritó á su vez el hombre verde.

—Quiere eludir las condiciones—repuso el perro—transformémosle en asno, para que en lo sucesivo no pueda engañar á nadie.

—Tienes razon.

El hombre verde extendió sus manos sobre la cabeza de Currito, y, en un decir amén, le salieron á este dos orejas de burro. Al vérselas en la fuente, el pobre joven comprendió el lazo en que habia caído y que por la mala nada adelantaria.

—Señores,—dijo,—sosegaos y tratemos de entendernos.

—Eres mi criado durante un año y un día.

—Lo seré, pero con una condicion.

—Podias haberla puesto ántes.

—Lo hago ahora.

—Dila.

—Yo soy un muchacho honrado.

—Bien, ¿y qué?

—Usted no me podrá mandar nada que sea contrario á la religion, á la moral, á la patria ó al rey.

—Convenido.

—Quisiera además pedir á V. un favor.

—Parece que te ha hecho la boca un fraile. Pero en fin hoy estoy de buena vena. Vaya, dí.

—Tengo una madre pobre y vieja, que con mi ausencia se moriria de dolor y hambre. Concédame V. el plazo de un año para trabajar á destajo y dejarla con qué vivir, mientras yo sirvo á V.

El hombre verde miró al perro y se rascó la oreja derecha, como reflexionando.

—¿Cuánto—preguntó—necesitará tu madre para pasar durante doce meses?

—Unos cuatro mil reales.

—¡Caramba, es una derrochadora! pero te repito que hoy me has pillado de vena. Te los adelantará á cuenta de tu salario. Ahí los tienes.

El hombre verde abrió el talego y dejó caer al suelo un monton de monedas de oro; el perro las fué contando con una ligereza digna de un cobrador del banco, hasta apartar la susodicha cantidad.

—¡Muchas gracias!—dijo Currito guardándose el dinero. Ahora sólo me resta pe....

—¿Otra te pego?

—Pedir á V. que me conceda ocho dias para ir preparando á mi madre y despedirme de ella.

—¿Qué te parece?—preguntó el hombre verde al perro.

—Seamos magnánimos—contestó lacónicamente el animal.

—Hoy es domingo,—repuso aquel,—el lunes de la otra semana, á las seis en punto de la tarde, este señor de ratonero te irá á buscar á tu casa para conducirte á mi castillo.

—Está bien, señor; pero los ratoneros todos se parecen, ¿cómo le reconoceré?

—¡Imbécil! En primer lugar él te hablará.

—Bueno.

—Además, la americana encarnada que lleva puesta no puede confundirse con otra alguna: es corte de Mejía.

—Es verdad.

—Y por último, para más señas, irá calzado con borcegués marroquíes amarillos, en las patas traseras.

—Basta, señor, estamos convenidos. Pero, por despedida, tenga V. la bondad de quitarme estas orejas de burro.



INDECISION, cuadro por W. Schutze

—Es justo.
—Gracias. Hasta la vista.
—Hasta el otro lunes—dijo el perro sacando su pipa del bolsillo.

IV

Omito detalles. ¡Pobre madre y pobre hijo que tuvieron que separarse! Currito siguió al perro que caminaba gallardamente con sus borcegués marroquíes, y al cabo de dos meses y cuatro dias llegaron al castillo del hombre verde, que estaba situado en un país cálido, segun mi parecer, en una de esas comarcas africanas que aún están por explorar.

El castellano acogió al joven con cordialidad y le permitió un dia de descanso.

Al amanecer del siguiente, el hombre verde, en traje de caza, despertó á Currito y le llevó á un salon pintado de negro, en el que habia trescientos treinta y cuatro garfios colgados en las paredes, y en todos, excepto uno, otras tantas cabezas humanas.

El pobre muchacho se quedó consternado.

—Esas cabezas,—dijo el hombre verde,—han pertenecido á criados torpes, sisonos ó perezosos, y ese garfio que está vacío espera la tuya si no cumples bien tus quehaceres.

—¿Y cuáles son, señor?

—Por hoy, limpiar una cuadra, trabajo que ha de estar terminado al anochecer, hora en que regresaré de mi cacería.

—Bien, señor,—balbuceó Currito;—haré todo lo posible.

El hombre verde condujo al joven á una cuadra no muy grande en la que habia algunos montones de paja.

(Continuará)

EL SUEÑO DE LAS PLANTAS

No sólo en el momento presente, cuando despues de los trabajos y delicados experimentos de Siemens, sabemos cómo la luz eléctrica ejerce sobre los vegetales aná-

loga accion que los rayos del Sol, sino ya de bastante tiempo data la cuestion de saber y demostrar si las plantas necesitan reposo durante la noche, ó si, por el contrario, pueden vivir sin descanso, conservando ileso su organismo y no variando ninguna de sus condiciones vitales.

Muy pocos descubrimientos han sorprendido tanto como los resultados obtenidos por Siemens respecto de la accion de la luz sobre las plantas en general y singularmente sobre las gramíneas. Aún se recuerda el rápido nacimiento y la floracion de las plantas en el invernadero de la Exposicion de electricidad de Paris; la controversia originada por las afirmaciones del experimentador todavia no ha terminado, y la cuestion, puesta desde entónces á la órden del dia, parece que ha de resolverse á favor de los que opinan en contra de Siemens y sostienen la necesidad del sueño de las plantas.

Grandes atractivos presenta el problema desde cualquier punto de vista. Por una parte trátase de determinar acciones nuevas de aquello en que están puestas todas las miradas de los experimentadores, la atencion de los sabios y el deseo de los industriales, afanosos por adquirir, en tiempo más ó menos cercano, el dominio de una fuerza que promete maravillas y portentos, nunca igualados hasta ahora ni soñados por los que anhelantes buscan en todos tiempos medios para ensanchar y agrandar la fecunda y productora actividad humana. De otra parte, la accion de la luz eléctrica sobre las plantas podria ser de inmediata é importantísima aplicacion. Partiendo de los experimentos citados, se prevé una gran revolucion en la agricul-

tura; sueña la imaginacion con inmensos campos sembrados de trigo y ve en pocos meses surgir el airoso tallo, brotar la espiga, que crece en su parte superior durante las nieves y granarse en sazon para que el labrador recoja el codiciado fruto mucho ántes que ahora, por obra y gracia de esta luz eléctrica, vaga y melancólica como los rayos solares reflejados por la luna, azulada y poética como las lejanas montañas de las costas del Norte. Y pudiera la fantasía recrearse de antemano en la contemplacion de fingidos dilatados viñedos iluminados durante la noche por brillantes soles eléctricos cuyas radiaciones sacarian á la savia del invernical letargo, la harian circular por el tronco, brotarian las yemas de las hojas, se desenvolverian estas pasando por los más variados tonos de color verde, floreceria la vid, fecundaríanse los huevecillos y el fruto se doraria ó tomaria hermoso color rojo, y completamente maduro, recibiríanlo las viñadoras en sus cestos, y llegado al lagar, convertiríase en néctar delicioso, restaurador de fuerzas perdidas, mágico licor, fuente y origen de toda actividad y manantial de viril energía.

Todavía el problema tiene otro carácter no ménos importante: el carácter estético. Al fin trátase de las más hermosas galas con que la madre Naturaleza se atavía, y que son al propio tiempo signo de su fecundidad y promesa de formas y razas, nuevas unas veces y las más reproduccion de otras, y siempre pruebas de la perpetuidad de las especies y de la evolucion de los individuos: trátase de las flores y de las hojas, símbolo de la eterna juventud de la fecunda madre, adorno magnífico que realiza su hermosura y señal de la renovacion de la vida, del esparcimiento de las ocultas fuerzas productoras que en su seno alientan y en él se nutren.

Examinando con algun detenimiento el asunto de que se trata, nos hallamos con un hecho fuera de toda duda, á saber: la luz eléctrica actúa sobre los vegetales como la luz solar; de modo que las funciones vitales de las plantas se cumplen cual si recibieran directamente la vivificante luz del sol. De donde se deduce la posibilidad de acelerar la vegetacion por medio de la electricidad, siem-

pre á condicion de no perjudicar con ello la vida misma de las plantas ó causar alteracion en sus funciones.

Para resolver esta cuestion conviene contestar á estas preguntas: ¿las plantas duermen? ¿en su sueño ejecutan movimientos especiales, cuyo objeto sea, por ejemplo, preservarse de determinados accidentes? Y aun despues de haber dado solucion á estos problemas, se hace preciso examinar ciertas condiciones de la luz eléctrica—y entre ellas las propiedades térmicas—y ver en definitiva si satisface todas las exigencias de la vida vegetal. Reservando para mejor ocasion el detenido y minucioso estudio de estas cuestiones, voy á limitarme á marcar los puntos principales en que se funda la opinion contraria á la teoria de Siemens, tratando ligeramente de dar solucion á las cuestiones propuestas.

No puede dudarse del sueño de las plantas. Pfeffer, Cricé, Brongniart, Pompiian y sobre todo el incomparable naturalista Darwin han dado pruebas evidentes de ello y este último muy singularmente en los capítulos sexto y sétimo de la obra titulada *Facultad motriz de las plantas*. Establece el gran naturalista inglés que las hojas se mueven durante el día en sentido determinado, describiendo unas veces curvas sencillas—comunmente elipses—y otras, líneas sinuosas de mayor complicacion; pero estos cambios de posicion se alteran al llegar la noche; las hojas modifican su posicion relativa; casi siempre se cierran las flores, y observando el crecimiento de la planta se ve que es casi nulo en ausencia de la luz. De aquí la deducción del sueño de las plantas; cuyo acto está probado en el hecho de que no sólo cada género y especie de plantas duerme de diverso modo, sino que aun el sueño varia en los distintos individuos. Debe entenderse la diferencia esencial entre el sueño de las plantas y el de los animales; pues en las primeras se reduce á simple cambio ó alteracion del movimiento diurno de las hojas, dependiente siempre de las condiciones especiales de cada vegetal; porque son de observar variaciones esenciales y diferencias en el sueño de las distintas plantas, cuyas diferencias fueron objeto de estudios notabilísimos de Darwin, consignado muy al por menor en la magnífica obra ántes citada.

Por punto general el sueño de las plantas consiste en cierta modificacion del movimiento diurno. Si ponemos atencion en el movimiento de ciertas hojas,—especialmente de las lobuladas y compuestas,—vemos que la mayor parte varian de posicion durante la noche, y ordinariamente giran de tal modo que llegan á colocarse casi verticales, si durante el día su posicion era horizontal. Al seguir cuidadosamente esta especie de rotacion de las hojas se notan fenómenos muy curiosos: si la hoja es joven percíbense sus movimientos con más claridad; se la ve durante el día lozana y fresca, dirigida hácia el sol con una especie de instinto, exponiendo á la luz sus partes más delicadas, la cara de matices más claros, los lugares donde se agrupan en mayor número los órganos de la respiracion y asimilacion, cual si tuviera ansias de agotar en un instante toda su vida, absorbiendo por entero la actividad del rayo solar que la acaricia. En cambio por la noche producéense fenómenos más singulares todavía. Como si se sintiera herida, ó quizá para recoger y guardar aquella impresion de luz, va la hoja replegándose y la flor se cierra, de igual modo que nuestros ojos cuando queremos dar mayor duracion á sensaciones agradables ó nos recogemos para pensar; adquiere distinta posicion, pónese muchas veces vertical y otras llegan hasta unirse sus bordes, acércase más al tallo y aun llega hasta abrazarlo como el niño abraza cariñoso á la madre, y así per-



LOS ÚNICOS AMIGOS, cuadro por A. Spiess

manece dormida y quieta hasta que el primer rayo solar de la mañana despiértala é invítala á seguir la sutil ondulacion de aquella luz de quien depende principalmente la vida vegetal.

Así descansan la delicada *mimosa*, el apreciado incomparable *trigo*, el *lotus* sagrado y simbólico, la olorosa *malva* y la hermosa *acacia farnesiana*, cuyas hojas tanto se arrollan y de tal modo pléganse para dormir que, observado el arbusto durante la noche, parece que en lugar de hojas tienen sus ramas retorcidas cuerdas de poca extension.

Multiplicadas y extendidas las observaciones, se ha visto que muchas especies duermen y ya posee la ciencia extensos catálogos aumentados de día en día hasta el punto de poder afirmar que las plantas duermen, siempre en el sentido de significar su sueño cierta variacion del movimiento diurno propio de cada vegetal.

Ahora bien: si es indudable el sueño de las plantas, ¿cuál es su objeto? ¿puede prescindirse en la vida vegetal de este movimiento nocturno, y aplicando la luz eléctrica, impedir que las hojas se dirijan unas veces hácia arriba, otras hácia abajo, en determinadas ocasiones se plieguen y en otras se unan al tallo hasta abrazarle y envolverle por entero? También en estos puntos los experimentos de Darwin son concluyentes. Observando que las hojas se colocan durante la noche en posiciones distintas y variadas y que siempre las partes más delicadas son las que con preferencia se ocultan, puede pensarse si el objeto del sueño es proteger á los vegetales de los efectos perniciosos de la radiacion nocturna. En efecto, la cara superior de las hojas, aquella parte de color verde más puro, constantemente expuesta á la accion directa de la luz, es tambien la más delicada y necesita estar protegida de esa radiacion que en el espacio de una noche vuelve amarillas las hojas verdes y aun llega á quemarlas por completo, y tambien existen plantas las cuales, como ciertas especies de grosellas, jamás alcanzan á dar fruto si no se preservan de la radiacion nocturna. Además—y es-

to sucede lo mismo en los climas frios que en los cálidos—si por medio de cualquier artificio se obliga á las hojas á permanecer horizontales durante la noche, impidiendo los movimientos del sueño, aquellos órganos padecen, sobre todo en su cara superior, dirigida siempre hácia el sol, y de aquí la imprescindible necesidad del cambio de posicion con el objeto de proteger durante la noche aquellos delicados órganos, donde se verifica la funcion de la respiracion.

Parece, no obstante, que si la temperatura es constante, ó si los efectos de la radiacion nocturna pudieran contrarrestarse, la planta no dormiria y su vida y crecimiento serian continuos y no experimentarían la menor alteracion. Evidentemente sucederia así; pero, por desgracia, no es la luz eléctrica el medio de conseguirlo. Siemens, es cierto, demostró que esta luz puede ocasionar en el mundo vegetal los mismos fenómenos que la luz solar, mas recuérdese el limitado lugar de los experimentos y ténganse presentes las diferentes condiciones de un invernadero y del aire libre. Crece la planta entre cristales y á determinada temperatura muy diferentemente que expuesta á todas las acciones atmosféricas, á los cambios bruscos y á las alternativas de calor, frio y humedad.

Hay, sin embargo, en la misma luz eléctrica una condicion que en mi sentir la imposibilita para la grande é importantísima aplicacion acometida por el ilustre físico Siemens. Por semejarse más y más á la luz de la luna son los destellos de la luz eléctrica frios y helados; sus rayos podrán deslumbrarnos, llenar nuestra imaginacion de poesia, traer á la fantasía imágenes y sueños románticos é ideales; pero nunca traen ese calor vivificante de los rayos del Sol; ese calor que ha quemado las arenas del desierto; ese calor que eleva de la superficie de las aguas caprichosas nubes, las cuales allá en la altura el mismo Sol colora con vivos y espléndidos destellos de su luz. Como de la luz, vive del calor la planta, y como la luz eléctrica está fria no puede darle sino la muerte, pues muerte es impedir el necesario sueño y los movimientos de él peculiares.

José RODRIGUEZ MOURELO.

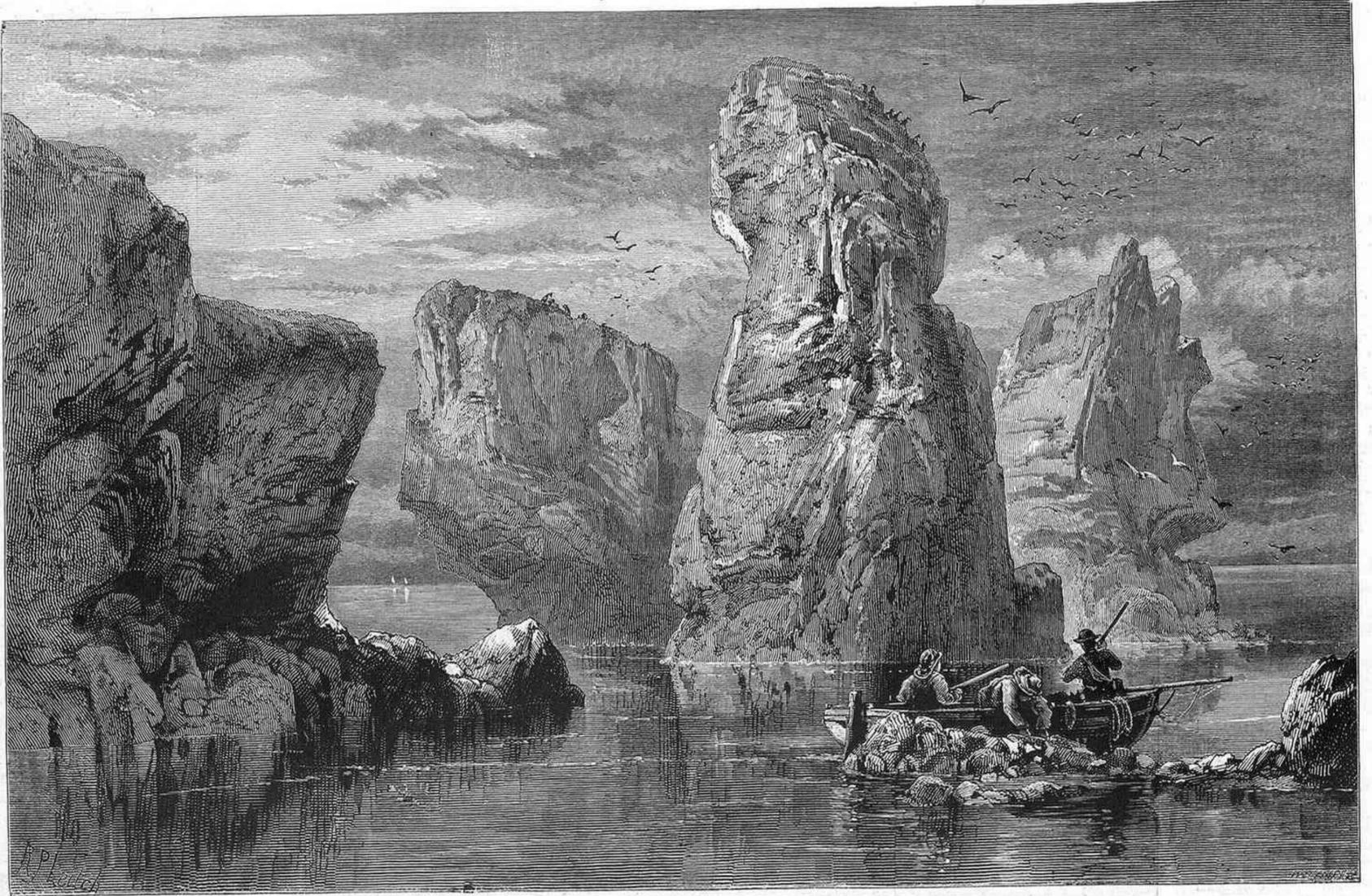
RELOJES DUALES

PARA EL TIEMPO LOCAL Y EL COSMOPOLITA

La organizacion de los grandes ferrocarriles extendidos de Oriente á Occidente, las múltiples líneas de navegacion oceánicas, los correos, los telégrafos, las ciencias todas relacionadas con las formas y dimensiones del globo, la cronografía, la historia... necesitan hoy imprescindiblemente de una HORA UNIVERSAL.

Pero los crepúsculos matutino y vespertino, las alternaciones de luz solar y de sombras, seguirán siempre viajando alrededor del globo en silenciosa pero ineludible sucesion; y sus fenómenos indicarán constantemente al sér humano las horas del dormir y del trabajar; de modo que la posicion del sol gobernará los usos domésticos en cada localidad mientras el mundo exista; y jamás los habitantes de la tierra estarán todos durmiendo, ó todos trabajando, en el mismo momento del TIEMPO ABSOLUTO.

La civilizacion, pues, y los progresos del siglo XIX, por una parte; y, por otra, la sucesion de los fenómenos naturales efecto de la rotacion terrestre, hacen que el hombre actual necesite simultáneamente de dos cómputos del tiempo. Como habitante del planeta en que vivimos, tiene precision de conocer la hora cosmopolita: como residente



LAS ROCAS DEL PATERNOSTER, cerca de Guernsey, dibujo por Pleilch

en una determinada localidad, no puede prescindir de saber cuándo sale y se pone el sol en su horizonte.

Hay espíritus pequeños, que se creen grandes porque estorban. Cuando no debiera haber más que un coro de alabanzas unánimes a la Asamblea Geodésica Internacional de Roma, donde por sabios eminentes se han sentado las bases de la unificación de las longitudes y de las horas, no ha faltado quien, para ostentarse más grande que esos sabios, pondere la dificultad de tener que llevar a la vez dos cuentas del tiempo; una para saber lo que pasa junto al campanario de su pueblo, y otra para conocer lo que ocurre en el mundo y lo que pasa en la Humanidad.

Ridícula y todo, la objeción, envuelta en chistes y en malicias, se sostiene entre algunos. Todo progreso supone condiciones a que hay que sujetarse, y que nuestros abuelos no necesitaron aprender. Para poner un despacho telegráfico es necesario averiguar dónde está la oficina, y saber cómo se extiende un telegrama, en qué mesas se escribe, en qué sitio del papel se pega el sello, etc. Y ¿es serio maldecir del telégrafo, por ser necesario estar al tanto de tan insignificantes pormenores? ¿Va a proibirse el sistema métrico decimal, por ser necesarios nuevos pesos y medidas, quedando inútiles las antiguas varas de medir?

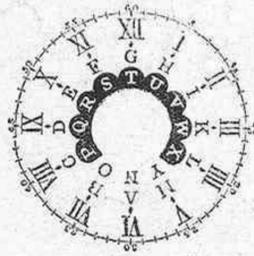
Para facilitar, pues, el conocimiento de las horas locales y de la cosmopolita ó universal, habrán de usarse relojes duales, ó de doble muestra; pero no de distinta maquinaria que la de los actuales, en lo esencial.

Actualmente se construye todos los años un millón de relojes y de cronómetros, y los fabricantes muy pronto generalizarán los relojes de doble indicación. Pero, sin necesidad de acudir a los productos nuevos, pueden servir los existentes con solo un cambio de muestra.

El famoso ingeniero canadiense Sanford Fleming, que tanto ha trabajado en favor de la unificación de las longitudes, no ha creído rebajada su autoridad de hombre científico descendiendo a esta clase de pequeños problemas prácticos, que la industria sabrá al cabo resolver del modo que presente mayor comodidad y baratura.

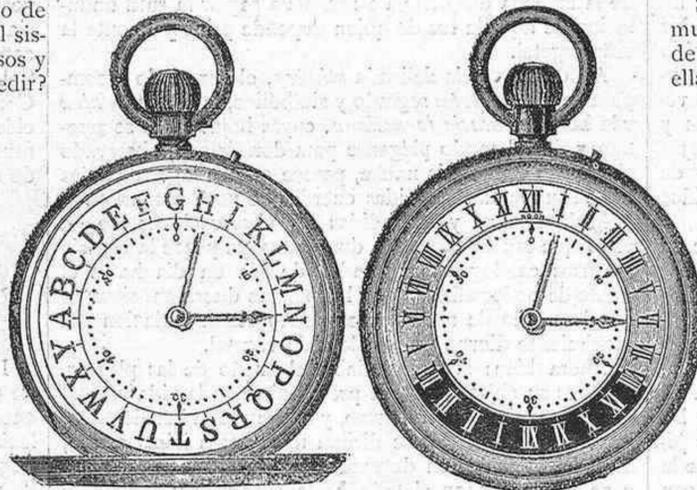
Sanford Fleming cree conveniente que se designen por 24 letras del alfabeto las 24 horas del tiempo cosmopolita; y que, como de costumbre, continúen las horas locales señaladas por números romanos. Las 24 letras del alfabeto estarán impresas en un anillo móvil que pueda resbalar, por rozamiento suave, concéntricamente a la circunferencia de los números romanos, los cuales se hallarán fijos (ó al revés: la circunferencia de los números romanos será la móvil, y la fija entónces la de las letras designadoras de la hora universal).

El siguiente diagrama da clara idea de la disposición imaginada para utilizar los relojes hoy existentes.



Si á la hora G del tiempo cosmopolita, son las doce del día civil en una localidad, se hará girar el anillo de las letras (si este es el móvil) de modo que la G caiga debajo de las XII; y, si las letras de las horas cosmopolitas correspondientes á la noche local se tiñen de un color cualquiera, desaparecerá el inconveniente de los relojes hoy en uso, que no distinguen las horas de luz de las horas de oscuridad.

Pero mejor que el anterior sistema sería el indicado por los dos diagramas que siguen.



En un anillo (móvil por rozamiento suave) pueden estar las letras (ú otros signos cualesquiera) indicadoras de la hora universal, como marca el 1.º de los dos últimos diagramas, cuya tapa se supone abierta: si esta tapa está CALADA CIRCULARMENTE por su centro, y si en la corona externa resultante están grabadas en números romanos las horas del día local y de su noche (señaladas estas por medio de color oscuro, y los crepúsculos por degradaciones de ese color), cuando la tapa se cierre, se leerán solo las horas locales indicadas por las mismas agujas; y cuando se abra, se verán las del tiempo universal, si el anillo móvil de las letras está convenientemente ajustado.

Ahora la manilla de las horas anda doce veces más despacio que el minutero; pero, para la reforma que indican los dos últimos diagramas, sería necesario que el horario

anduviese veinticuatro veces más despacio que el minutero; reforma fácil de introducir en todos los relojes actuales; y más fácil aún de ejecutar en los que se fabricasen de nuevo, especialmente y *ad hoc*.

Otros medios ocurren, y han sido ya propuestos, como el de hacer que los relojes de bolsillo tengan dos muestras: una en el anverso para el tiempo cosmopolita, y otra en el reverso para el local (ó al revés), fijas las letras y móviles los números romanos (ó al contrario), etc., etc.

Sanford Fleming da mucha importancia á la designación por letras de las horas del tiempo universal. En rigor, pueden usarse otros signos (las cifras árabes, por ejemplo). Pero los números no tienen sobre las letras ninguna ventaja especial: el hábito ha hecho familiares los primeros para la designación de las horas á la presente generación; pero, si las 24 subdivisiones horarias del día se designaran por letras, la hora cosmopolita, muy en breve, se entendería por medio de ellas, como sucede en la actualidad con los números romanos.

Sin embargo, las letras, al colocarse en círculo en la muestra de un reloj, tendrían la ventaja sobre los números de ser símbolos de importancia igual; y una cualquiera de ellas podría elegirse como primera de las 24 para el inicio del día cosmopolita; mientras que con los números tiene el 1 que dar principio á toda serie.

Mas Sanford Fleming lleva una idea más trascendental y de mayor alcance al proponer los signos del alfabeto para el tiempo cosmopolita. El sistema actual no puede quedar abolido de repente; pero, dadas las ventajas de la cuenta cosmopolita, el nuevo cómputo del tiempo reemplazará irremisiblemente al actual en un plazo que sin duda será largo, aunque no tanto quizá como al presente se nos figura.

Pues bien, para la sustitución, servirá á maravilla el uso de las letras. Supongamos que la G del tiempo universal corresponda al *medio-día civil* de una población cualquiera. ¿No aprenderán muy pronto sus habitantes que cuando el horario está en la G son las XII, y que es la una de la tarde cuando llegue á la H, etc.?

Las personas residentes en aquel punto pronto se familiarizarán con la relación entre las letras ó signos cosmopolitas y las alturas del sol sobre el horizonte. Sustituir números con números es siempre tarea muy difícil; pero no tanto relaciones conocidas con símbolos enteramente nuevos.

Vese, pues, que si el Congreso Diplomático de Washington hace obligatorias las resoluciones oficiales de la Asamblea Geodésica Internacional de Roma, los dos cómputos del tiempo, el LOCAL y el COSMOPOLITA, no presentarán dificultad ninguna, mediante una modificación insignificante en los instrumentos horológicos actuales.

Y es que siempre, cuando suena la hora de un gran progreso, sobran á la industria los medios de realizarlo con la mayor facilidad.

E. BENOIT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON